

Un estudiante español europeo

Jesús Pérez Caballero

Investigador por México CONAHCYT, escritor, jesusperezcaballero@colef.mx

La historia es en Gandía, Valencia, España, *give or take*. Él estudió en los noventa del siglo pasado en el instituto-prepa “Ausiàs March”, que toma el nombre del poeta gandiense (hacia 1397-1459) abrasado en amor. En la prepa se leía, en una pared, el verso en valenciano antiguo:

— *Vaig sobre neu, descalç, ab nua testa.*

— Voy sobre la nieve, descalzo, con la cabeza desnuda.

El estudiante lo lee, y nada más. Es época de limitarse a ir a clase y pasar desapercibido, de abrazar la hegemonía política —Constitución española de 1978 y Unión Europea en 1986: “España es el problema, Europa, la solución”, como moqueaba José Ortega y Gasset —y económica, del “sácate una oposición y ¡a vivir del Estado, que son dos días!”, y al unísono, “emprende como tu papá. Piénsalo, y te harás rico”.

A veces, son momentos de suspirar por amores que nacen sonrientes, pero atrofiados. Otras, de inventarse suspiros, por el lamento de algún asesinado en un lejano norte, por algún mártir terrorista de la lengua regional local, y que ahora es *suñar daddy* de una republiqueta inexistente y terca. Alguna vez, al estudiante, una persona le hace más caso del educado y cortés. Entonces, es feliz.

Cuando practica gimnasia en el patio del instituto, el estudiante relee el verso de March y se imagina al poeta medieval: un barbudo y melencuado, vestido con pieles y con los pies descalzos, morados como berenjenas, pero endurecidos como un superhéroe, caminando sobre la nieve como Cristo sobre el Mediterráneo o Empédocles sobre la lava del volcán. El estudiante imagina al poeta oteando la luz de una casa lejana (no sabe nada de las referencias amorosas del verso), y lo interpreta como un eslogan vagamente estoico.

Todo le es tan tan tan suficiente al estudiante español europeo, que el mundo le parece de piedra.

El estudiante, ahora, pertenece a una ingeniería en la Universidad Politécnica de Valencia. Hace fiestas en su depa, huye de sus relaciones de pareja como si sus pies fueran de fuego, regresa ansioso a quienes le olvidan, abandona con sadismo a quien más lo ama, vuelve a emborracharse con todos a la vez, y vive como esos elefantes que, en el escenario del circo, sostenían sobre su trompa la silla con el domador sentado. Obtiene su carrera en los cinco preceptivos años, becado por el Ministerio de Educación del Gobierno de España, y, con su título de licenciatura insertado en el cerebro, regresa a su pueblo.

Todo allí es regular y hasta puede decirnos por qué votar y a qué partido votar. Las expectativas que se cumplen lo hacen con exactitud. Las que no se cumplen, se evaporan sin dejar manchas de vino. A esto, ayuda su falta de memoria, pues sus vivencias no van más allá de los años ochenta y su historia no elude el cosmos maniqueo de *Ueropa* —es decir, la marañosa Unión Europea, UE, pasa a ser la unidad de medida de todos los Estados de ese continente geográfico—, mientras cae la lluvia dorada del dinero de chocolate desde Bruselas (capital de *Ueropa*), para que crezcan miles de carreteras, conductores sin miedo y telecos a escala dactilar, como antesala a la neuronal.

El licenciado se compromete con su novia. ¿La de toda la vida? No recuerda si ella es la novia de toda la vida, o si es otra, de otra vida... Pero es que, en general, ¡desconoce si está viviendo varias vidas con una mujer de siete cabezas! Los amigos del pueblo lo respetan por tener un título técnico —aunque en España no se anteponga el “Lic.”—, para el que no se requiere pensar, más allá de resolver el problema pulido y desinfectado conforme a unas formulillas que, tras cincelarlas en el cerebro, se evocan fácil. Nadie de entre sus conocidos se atreve a plantearle otro tipo de problemas, ni tienen interés en planteárselos, y mucho menos él de interrogarse sobre ellos, ¿acaso existe en la vida terráquea algo más que mordisquear un problema pulido, resuelto, y

acariciar las monedas de chocolate sobre la mesa del hogar?

Él cumple con los ritos que, abierta o calladamente, siempre escuchó con atención. Él suscribe los epigramas sobre deportes, alcohol y mujeres, la suya, y dos más, ¡siete! Un hombrecito tenaz, en fin, que ha pasado a ser hombre.

Lo vemos ahora con treinta y tanto largos, su mujer embarazada —“¿quién es esta señora, que tanto me ama, a la que diviso durmiendo en el horizonte, con los ojos clavados en el techo de detrás del techo?”—, ambos propietarios, a partes iguales, de una casa en una playa (si es que ella fuera la playa de la infancia). Y descubren la cocina, las tapas vascas —“no son tapas, son *pintxos*”; “la cocina vasca es estética, pura estética... Me deleita, ¿qué sé yo?, el paladar del alma. Creo que es porque capta la noble identidad vasca, pero de un modo humilde, a ras de los hogares”—. Se anilla furioso en el trabajo en el despacho de arquitectos del padre de su padre arquitecto de su padre, él.

Hay crisis en España; de hecho, el país ha estallado desde 2008, se ha ido a la chingada, pero como todos los españoles están jugando a la gallinita ciega y piensan que un gallo descrestado y bravo lleva el timón (en realidad, en una veleta oxidada), todos sonríen y se persiguen palpándose los boquetes corporales, cada día perdiendo una onza más de carne. “Pero, a mí, apenas me afecta”. O, si le afecta, prefiere ir tragándose la venda por los ojos. Gandía, Valencia, España le parecen que sí, que, si se las piensa como una cinta de Möbius, tienen la medida justa, como la *Civitas Solis*, como un falansterio.

Su mujer sigue siendo guapa, su hijo también lo es, casi apolíneo, aunque se la pasa encerrado en su recámara, regido por el bucráneo gaseoso de las redes sociales, con cables metidos por las orejas y un micrófono que parece una nariz abernjenada. Afirma con frecuencia “te remarco”, al estilo de un Gabrielle D’Annunzio en sus peroratas al Estado Libre de Fiume:

—Te remarco, papá, que el libre mercado no es una opción únicamente económica, sino un modo de vida: Si quiero vender lo que yo genero con mi voz y mi cámara, ¿por qué habría de pagar impuestos? ¡Yo a los impuestos los aplasto como a gnomos!

—Te remarco, *daddy*, que luchar con Ucrania contra Rusia es una obligación moral si creemos

en la “Europa de los pueblos”. ¡Todos somos Ucrania, todos debemos proporcionar tanques y cazar bombarderos del bien, que batallen contra los tanques y cazar bombarderos del mal!

—Te remarco, papaíto, que el terrorismo es el arma atómica de los pobres, como decía Jean-Paul Sartre, el de Beauvoir.

Pero, a quien adora febrilmente nuestro ex ex exestudiante es a su hija. A ella le pregunta siempre sobre sus lecturas, sobre el verso de Ausiàs March escrito en la preparatoria. Ella responde que March fue un apasionado y se queda callada (¿qué más decir? No lo ha leído y le molesta que su padre le mire tan fijamente).

Pronto viene —o sea, va— la boda de su hijo, que es arquitecto, como su padre y abuelo. “El arquitecto del pueblo”, no hace falta ser más cosas. Él pronto le da su primer nieto, la alegría es inmensa, se van cumpliendo los ciclos: mueren sus padres, viejos abuelitos, y hereda, consigue por fin seducir a una chica más joven, y esa misma noche hace *combo breaker* (es decir, mata dos pájaros de un tiro, el ave de la culpa y el de la estrechez de miras) y acepta, finalmente, el amor libre y que, OK, no existen ni sexos, ni géneros, y se la coge en su despacho, en nombre de la Libertad (así habría llamado a la hija que nunca tuvieron). También en nombre de la libertad los hijos de sus hijos eligen la misma universidad e idéntica carrera que él, y que su padre y que su abuelo, y todos los libres votan siempre en conciencia socialista obrero español.

La vida sigue estirándose, el alma de este español europeo es como la de esos astronautas/espaguete que caen hacia el agujero negro, cada vez hay más cosas que recordar y menos capacidad de recordarlas, y el hombre es consciente de que, si antes subía la montaña invisible, ahora toca bajarla, pero con doble cuidado: de no caerse y de que la piedrota del porvenir no lo aplaste. Su mujer se marchita, a él se le cae el pelo, los hijos calvos espacian las llamadas, las visitas no existen (el hijo prefiere, por ejemplo, cuidar de su acuario; la hija, jugársela lejísimos de Gandía, con una A.C. mexicana en Guerrero), tiene nietos que no lo conocen, incluso su hija le da un susto: se regresa, tras su divorcio, a Valencia y sale con un magrebí. Todos los males acechan al papá y piensa que, a partir de ahora, nada será lo que parece. Pero el novio lee el corrosivo *Alá superstar* (Yassir Benmiloud, 2005), se deja bigote nietszscheano,

grita los goles de España: ¡A cada gol, parece de los nuestros! Toda la familia de españoles europeos por sangre o inmigración se reconcilia, viajan de nuevo a México, el estudiante del inicio de este ensayito sobre los ciclos e inercias de la vida es, ahora, un viejo. Un vejestorio que atisba que cerca de Tulum (Quintana Roo) hay todavía una estatua de un Toro Osborne en la colina, algo que desapareció de cualquier colina española, ¿será un sueño? ¿Será la vida un sueño? “¡Qué bien hablan español los mexicanos! ¡Qué correctos y ceremoniosos!”. El viejito arquitecto está extasiado. “Yo podría haber hecho mi fortuna aquí”. El arquitecto se ha dormido. “A mí, cuando me incineres, me devuelves al mar Mediterráneo”, le dice un pez en sueños.

Este español —un ancianito— mira dentro de su cabeza y ve una habitación/recámara sin telas de arañas ni muebles. Una recámara con cuatro paredes, limpia, una ventana cerrada, con la cortina descorrida y la persiana subida, sin paisaje. Eso es su cabecita, vacía, vacía, y siempre ha sido así: Llena de hechos extinguidos y reacciones a corto plazo, las de todo europeo del siglo XXI, como él.

Ayer pasó por delante de su instituto y oteó el verso de Ausiàs March. Extrajo con un gancho el recuerdo, su recuerdo, y se dijo que él se siente así, que fue su lema vital para el frío de esta vida. ¡Ja! Su entereza es imposible, imposible cuando la nieve ha cubierto el planeta. Se sienta en un banco frente al instituto/preparatoria. Es por la tarde, los estudiantes están o no están.

Pasan más años, es asiduo a las farmacias y a todo lo que le entre en vena, la lucha contra el frío se ha vuelto crónica, cree tener dos corazones, su mujer sombra se quedó doblando pañuelos en pleno Alzheimer, sus hijos, ¿quiénes son y por qué me arden los pies cuando me visitan estos extraños? Consigue cama en un pasillo del Hospital Sant Francesc de Borja/San Francisco de Borja y una hija le viene a cuidar. La mujer, incluso, le lee poemas, algunos de Ausiàs March, incluido el de *No em pren així com al petit vailet* (o sea, “no me sucede así como al pequeño paje”), otros de ella misma, “escritos en nuestro crepúsculo”, dice, avergonzada, ante el coro de viejecitos sin memoria, todos como mascotas con otros ciclos de sueño. Ella pide su comprensión, “papá, como arquitecto...”. Pero se calla, la angelical benevolencia tiene límites si nadie te escucha ni te ve ni te ama. Durante uno de los monólogos de la visitante, el anciano se muere. Lo incineran y al esparcimiento de las cenizas al Mediterráneo va menos gente de la que la hija esperaba. Ella mira a su propio hijo y le miente, diciendo que, gracias a su abuelo, valoró vida y escritura. El hijo del caos mira las cenizas y se imagina a su abuelo recomponiéndose bajo el mar. Pero, aun así, no tendría nada qué decirle. ■

